

EL MIRADOR

Confidencias de un cargador

DEJASTE olvidados sobre la mesilla de noche los vagos proyectos de vacaciones para la Semana Santa, cuando aquel amigo que hacía años no veías te sugirió entrar a formar parte del grupo de cargadores que se estaba formando en la Cofradía de La Pasión, para sacar a hombros su paso titular. Tenías un recuerdo difuminado en tonos *naif*, de aquellas procesiones de tu niñez en la tibieza de la noche de una primavera casi por estrenar; hábitos recién planchados y olor a fritanga de torrijas y cera en casa de los abuelos, silencio en las calles y penumbra en el último café abierto, serena solemnidad y misterio en lo cotidiano. No sabes muy bien por qué, pero has aceptado y te has jugado el tipo en los ensayos, por la vieja carretera de Zaragoza arriba, entre la perplejidad de los conductores y la curiosidad de los vecinos. Tu hombro se ha ido amoldando al varal hasta acunar su madera, que te besa la mejilla mientras el brazo le abarca, en una fraternidad que se hace inevitable. Tu altura te

marca el sitio en la meseta de hombros que se enfila al primer toque de campana que rompe el silencio y la quietud, al segundo todo un mundo te cae encima porque lo estás levantando. Tú solo aquí no eres nada, pero con los demás lo eres todo. Y avanzas, avanzáis, acompasadamente, haciendo melodía y ritmo de la fuerza, para navegar en bonanza un Cristo que así mece en dulzura su calvario. La túnica morada y el blanco capuchón, te hacen ya anónimo entre el anonimato de las filas de cofrades; solo, y por la Plaza Mayor, Viernes Santo, ya de vuelta, el sudor pega la tela a tu rostro y delata tu perfil. Oyes, lejanos, los tambores que obsesionados golpean la noche en una ceremonia que anuncia la muerte para presagiar la vida, pero no los ves, en su frenético latir, hasta Santa Clara; allí también, unido, más que recostado a las andas, has visto pasar cofradías y pasos, cirios y cruces, mientras el sonido de la

dulzaina horadaba melancólico y profundo la noche en el avance de los cargadores del Santo Sepulcro. Recuerdas, ahora, en un confuso y penetrante olor a claveles y lilas, la subida de un tirón de la calle Francisco Cuesta, el Jueves, o la arrancada vibrante de hace apenas un rato, al término de La Carrera, frente a San Ginés, en ese estilo recio que ya habéis bautizado como «el paso castellano». Me confiesas que al final aún te quedaban fuerzas para que un nudo te subiera hasta la garganta y la emoción aflorara de capuchón para adentro con la misma vocación de anonimato que la tuya.

Me cuentas, en fin, que dejaste abandonado sobre la mesilla de noche los vagos proyectos de vacaciones para la Semana Santa y la diversión (del latín *divertere*, volverse a otro sitio), se trocó en un fascinante viaje por el interior de ti mismo.

**F. JAVIER BOROBIÁ
VEGAS**

*La próxima semana escribe
L. Fernando González Gálvez*